

HOMILÍA EN LA ORDENACIÓN DE DIÁCONOS

CATEDRAL DE SANTA ANA. LAS PALMAS
27 DE SEPTIEMBRE DE 2008

Mis queridos Hermanos todos, mis queridos Hermanos Sacerdotes, mis queridos Aday y Fernando, mis queridos Formadores y Seminaristas.

Muchas veces he recurrido, en la oración personal y en la predicación, a los textos de la oración de la Iglesia. La comunidad creyente ha ido concentrando en esas hermosas plegarias lo que se siente impulsada a agradecer o a pedir, después de escuchar la Palabra y haberla meditado y repasado en el corazón. En la Oración colecta de la Misa de Ordenación de Diáconos hemos hablado con el Padre Dios con estas palabras:

Oh Dios, que enseñaste a los ministros de tu Iglesia a servir a los hermanos y no a ser servidos, concede a estos hijos tuyos, que has elegido hoy para el ministerio del diaconado, disponibilidad para la acción, humildad en el servicio y perseverancia en la oración.

Les invito a repasar con actitud creyente esta petición que hemos formulado así con la Iglesia

Hemos pedido **DISPONIBILIDAD PARA LA ACCIÓN**

Creo que el mensaje de la Escritura sobre el concepto de libertad se podría expresar admirablemente con el término y el concepto de **DISPONIBILIDAD**. La cultura de nuestro tiempo ensalza y valora de modo extraordinario el don y el logro de la libertad. Pero la entiende como independencia, como ausencia de vínculos. Benedicto XVI, en su reciente viaje a París, se ha referido a esta concepción con toda claridad: *Sería fatal -dice el Santo Padre- que la cultura europea de hoy llegase a entender la libertad sólo como la falta total de vínculos y con esto favoreciese inevitablemente el fanatismo y la arbitrariedad. Falta de vínculos y arbitrariedad no son la libertad, sino su destrucción.* (Encuentro con el mundo de la Cultura, 12 Sept. 08)

En cristiano, es decir, siguiendo las huellas de Cristo, ser libres es estar disponibles hasta la paradoja del servicio total. Ser libres no es tener la capacidad de hacer lo que uno quiere con independencia de todos, sin vínculos con nadie o sólo con los vínculos del dominio. Ser libres no es ser señor de nadie ni de nada. Ser libre es ser capaz de tomar la propia vida, la vida entera, en las propias manos y, por amor y con amor, ponerla a disposición de quien la pueda necesitar. *'Para vivir en libertad, Cristo nos ha liberado, nos grita San Pablo. Vuestra vocación es la libertad... haceos esclavos unos de otros por amor.'* (Gal 5, 1.13). En la Encarnación Dios mismo en Cristo se hizo dependiente de nosotros: dependiente de nuestro tiempo y de nuestro espacio, dependiente de nuestros mejores deseos y entregas, y de nuestros rechazos más sangrientos y dolorosos. Con la Encarnación se pone de manifiesto la generosa y misericordiosa esclavitud de Dios. Necesitamos contemplar adorando esta disponibilidad de Dios en nuestras manos, antes de pensar en responder, por su gracia, con nuestra

disponibilidad, siempre tan amenazada por nuestra tacañería y nuestro egoísmo.

Cristo, al poner su vida en manos de Dios, se entrega en manos de los hombres. *"El Padre me ama, dice el Buen Pastor, porque entrego mi vida... Nadie me la quita, yo la doy voluntariamente... Este es el mandato que he recibido del Padre"* (Juan 10, 17-18). He aquí la libertad de Cristo, la disponibilidad de Cristo, que hemos de seguir. Hay que ser muy libres para estar disponibles y hacerse esclavos. Hay que ser muy libres para disponer de la propia vida entregándola a Dios y a todos. La Iglesia que hoy les llama al ministerio no quiere servidores obligados, quiere opciones claras y disponibilidades sin más condiciones que la fidelidad al Evangelio. La Iglesia que hoy les llama al ministerio, para encargarles en su momento la presidencia de la comunidad como presbíteros, se preguntará si han demostrado que quieren y saben estar a disposición de todos, y en especial de los más débiles, por amor. La vida célibe que hoy asumen es una manifestación de ese amor total y disponible, que se fundamenta en una especial configuración con el estilo de vida del propio Cristo y a su vez la posibilita, haciéndoles signos suyos y de su caridad pastoral en la entrega a Dios y a los hombres con corazón pleno e indiviso (cf. Documento de Aparecida, Brasil, n. 196)

Una disponibilidad así, una libertad así no puede venir de nosotros mismos. Es un don, que humildemente tenemos que pedir al Espíritu Santo con ustedes y para ustedes. Lo que parece hoy en esta celebración la entrega de una dignidad, la concesión de un honor, es reconocimiento humilde de nuestra incapacidad e insuficiencia. Por eso pediremos al Señor que envíe sobre ustedes el Espíritu de Jesús, para que fortalecidos con su gracia desempeñen con fidelidad su servicio.

Hemos pedido **HUMILDAD EN EL SERVICIO**

"Sabén que los jefes de los pueblos los tiranizan y que los grandes los oprimen. No será así entre ustedes". Mis queridos Aday y Fernando, hemos pedido para ustedes que sean humildes en el servicio, sin arrogancia, sin dominar a nadie, sino todo lo contrario: sirviendo. Y lo pedimos al Señor porque no es fácil, porque servir humildemente nos supera, es un don.

Advierto una doble desproporción: la primera la que se da entre la solemnidad de nuestra celebración, y la aparente insignificancia del don que pedimos a Dios: el ser servidores. Nos reunimos en solemne asamblea desde todos los rincones de la Diócesis, y ello después de años de preparación y acompañamiento, traemos a la memoria creyente los grandes textos de la Palabra de la Sagrada Escritura, nos concentramos imponiendo las manos sobre sus cabezas, e invocamos sobre ustedes el Espíritu Santo con su fuerza y su gracia de los siete dones... y todo ello para hacer de ustedes **SERVIDORES**, sin más complementos y sin más honores. Sí, mis queridos amigos, aquí, en este formidable contraste, está concentrada la entraña toda de la celebración que estamos viviendo.

El porqué de esta primera desproporción está en la segunda nota que quiero subrayar. La palabra de Jesús nos habla de que la razón de su venida, todo el fin de su vida, está en el servicio. Servir no es para Jesús algo trivial o secundario, es el logro de su realización personal más alta y más profunda: dar su vida en rescate por todos. Ha venido para eso, ha venido para servir. Es el contraste y la contradicción del Evangelio del Señor Jesús, que ha querido definirse a sí mismo como el Hijo del Hombre que no ha venido a ser servido sino a servir.

La cualidad de servidor identifica a Cristo. Él es el Siervo de Yavé. Él es quien lava los pies a los discípulos. Él ha venido a servir, y su servicio es la entrega de su vida. Si esta cualidad de servidor identifica así a Cristo, la misma cualidad de servidor identifica a todo creyente, a todo discípulo de Cristo. La cualidad de servidor identifica a cualquier ministerio en la Iglesia. La cualidad de servidor identifica de tal modo el ministerio que hoy reciben que lleva por nombre 'Diácono', servidor. Sin más precisiones, sin más añadidos. Déjenme que, precisamente por esa falta de añadidos, le ponga yo algunas connotaciones.

Servidores en todo, en el anuncio y explicación del Evangelio, en la administración de la gracia sacramental que la Iglesia les confía, en la solicitud por enfermos, pobres, ancianos, marginados, etc., en el acompañamiento evangélico de jóvenes y mayores. No es raro encontrar hoy en la Iglesia versiones fragmentarias y limitadas del Ministerio, más notables por el escalón o el sitio que ocupan que por la amplitud y generosidad de su servicio.

Servidores de todos. Preparándose para llegar a ser "*siempre pastor de todo el conjunto. No sólo el 'hombre permanente', siempre disponible para todos, sino el que va al encuentro de todos..., para que todos descubran en él la acogida que tienen derecho a esperar en la comunidad y en la Eucaristía que los congrega, sea cual sea su sensibilidad religiosa y su dedicación pastoral*" (PDV 68).

Servidores siempre y para siempre, no en un horario de funcionario, por amplio que sea; sin separar vida privada y actuación pública; no hasta el año que viene o hasta dentro de cinco años o hasta que me canse. Hoy, preciso es reconocerlo, se experimenta una cierta dificultad, mayor que en otras épocas, para asumir compromisos definitivos. Confiados en la gracia del Señor, que nunca les faltará, sea su compromiso en el servicio a la Iglesia total y, por total, definitivo, sin marcha atrás. Que San Vicente de Paúl, humilde servidor de los pobres, cuya fiesta hoy celebramos, les ayude y nos ayude con su intercesión a amar y servir a los pobres y a todos con corazón humilde.

Hemos pedido **PERSEVERANCIA EN LA ORACIÓN**

'*Aparta a los levitas de los demás israelitas*' La lectura del libro de los Números parece trasladarnos a coordenadas muy opuestas a las que manejamos hoy en nuestras reflexiones pastorales. Hoy debemos hablar de cercanía y no de distanciamiento, de vivir y caminar con los demás, pisando

los caminos de los hombres. ¿Es el mandato del Señor a Moisés algo superado por el cambio de Alianza, o el transcurso de los tiempos? ¿No tienen ninguna significación para nosotros hoy estas palabras del libro de los Números?

Ciertamente que la separación de los levitas en el Antiguo Testamento, vinculada incluso a la ascendencia tribal, no tiene hoy para nosotros las connotaciones que tuvo entonces, ni para el creyente seglar, ni para el ministro ordenado. Pero su significación mística permanece viva para todos e incluso habría que decir que necesita ser especialmente favorecida y potenciada. El levita del que habla el libro de los Números hacía guardia delante de la tienda del Encuentro, y desempeñaba las tareas del Santuario. Por ello debía apartarse de los demás israelitas. No descuidemos nuestra cercanía al Señor, no dejemos de Encontrarnos con Él directa y personalmente, desempeñemos las tareas del Santuario con la delicadeza de quien trata al Señor allí donde El ha querido quedarse con nosotros: en su Palabra, en la Eucaristía, en los Pobres. No descuidemos ninguna de estas presencias. Para poder andar con vigor incansable los caminos de los hombres en las tareas del anuncio de Jesús, necesitamos acercarnos a Quien también habla en el silencio.

La Iglesia les hace hoy, amigos Aday y Fernando, en el momento de la Ordenación un encargo singular: Recen por ella y recen por todos los hombres. La oración forma parte del servicio que se les confía. Antes de imponer las manos sobre sus cabezas les preguntaré si *>quieren celebrar la Liturgia de las Horas, junto con el Pueblo de Dios y en beneficio suyo y de todo el mundo=*, y asumirán el compromiso de hacer esta guardia ante la Tienda del Encuentro

Cristo en persona es, Él mismo, la verdadera Tienda del Encuentro, el verdadero y auténtico Santuario. La Tienda del Encuentro es hoy Cristo en el hombre herido que reclama nuestra cercanía sanadora, es hoy Cristo en la Escritura que nos ilumina, es hoy Cristo en la Eucaristía que nos fortalece. No dejemos de hacer guardia delante de esta tienda, guardia constante, pausada y recogida, atenta y disponible, abierta a cualquier mandato. Las más audaces rutas de la evangelización nacen en el silencio del Encuentro con quien es en persona la Buena Noticia. Moisés andaba siempre repartido entre la cumbre de la montaña, en donde hablaba con Dios como un amigo habla con su amigo, y el acompañamiento de su pueblo, que, con todas sus grandezas, rebeldías y miserias, era su pueblo. Toda la vida de Jesús es pura presencia del Padre, y, sin embargo, con cuánta frecuencia se retira y aparta para profundizar en su misión en el diálogo alegre o angustiado, siempre seguro y confiado, en las manos del Padre.

Concede, Señor, a estos hijos tuyos, que has elegido hoy para el ministerio del diaconado, disponibilidad para la acción, humildad en el servicio y perseverancia en la oración. Así sea

+ Francisco
Obispo de Canarias